

Jornada del grup Sant Jordi
1-12-2006

Reflexiones conclusivas

En nombre de mis amigos del grupo Sant Jordi quisiera compartir con ustedes unas reflexiones que pudiesen servir para poner un punto y final al encuentro de hoy pero un punto y seguido en el camino colectivo que nos proponemos recorrer.

La jornada de hoy tenía, ciertamente, una finalidad: contribuir a un discurso político más sensato y más acorde con un horizonte que pudiésemos compartir desde distintas identidades nacionales.

Pero también tenía un fin en sí misma. Quiero decir que no ha sido sólo un encuentro para... Ha sido un encuentro con un sentido en sí mismo. Hoy, hemos vivido una jornada de reflexión y diálogo... De ese privilegio de la vida, de este “domingo de la vida”, damos gracias.

Los **diálogos**, a su vez, no sólo tienen la función de llegar a acuerdos... Es evidente que éstos son muy importantes, pero es una lástima que a veces sólo se piense en eso y nada más.

Los diálogos pueden tener también la virtud de hacernos más conscientes de una situación y de acercarnos más a la realidad. (Esta dimensión a veces queda arrinconada, cuando, en verdad, es esencial)

Los auténticos diálogos son aquellos que nos permiten comprender mejor la realidad, que nos permiten tomar mayor **conciencia** de la situación.

Y, sin duda, tomar conciencia es decisivo, por lo menos, en dos sentidos.

- En primer lugar porqué, como decía el filósofo checo Jan Patocka, tomar conciencia de la situación es ya empezar a cambiarla. Lo decía en una situación de resistencia política: para él, que sus conciudadanos fuesen conscientes de la situación en la que se encontraban era lo importante. Luego ya vendrían otros cambios. (Dicho en forma negativa y coloquial: lo peor es no enterarse, eso sí que no supone germen de cambio alguno).
- En segundo lugar, tomar conciencia es decisivo porque une a la gente. Eso lo decía muy bien Jòsef Tischner, sacerdote e ideólogo del movimiento polaco *Solidarnosc* (todavía en sus mejores momentos). Decía: «la solidaridad más profunda es la solidaridad de las conciencias». Por supuesto, esto no significa en absoluto que se dé en la mera conciencia (o en las palabras) y no en la acción. Es imposible una solidaridad auténtica de las conciencias que no esté enlazada con la acción, con las exigencias de la praxis.

Por suerte, no vivimos tiempos de dictadura ni de opresión política. Y, sin embargo, nos parece que nuestra situación, como cristianos, como comprometidos con la herencia del humanismo europeo, y como personas que aprecian su identidad nacional en buena medida vehiculada por la lengua, es una situación de resistencia. No sé si lo podríamos decir con las mismas palabras de Péguy, pero si no, con otras semejantes: “Las grandes culturas –decía- ya no las defiende nadie, a parte de unos pobres y miserables como nosotros, sólo unos mendicantes como nosotros nos mantenemos todavía de pie, individualidades sin mandato”.

En todo caso, eso sí, este sentimiento de resistencia no lo convertimos en ningún tipo de mesianismo ni mucho menos de aristocracia intelectual o espiritual.

Creemos que lo que para nosotros vale la pena ya dará sus frutos. Y, en cualquier caso, nosotros ya no podríamos hacer otra cosa. Uno es lo que es y cree lo que cree.

A veces las palabras más sensatas y más ricas no disponen de altavoces. Pero, como nos decía Carles Cardó, no debemos preocuparnos más de la cuenta por la falta de

altavoces. Si éstos están, bien, y si no están, pensemos en que a veces lo mejor crece en los márgenes de la historia.

Creemos en la palabra nunca en la violencia. La violencia es muda, a pesar de que a veces viene acompañada por una verborrea ilimitada. La violencia es la interrupción de la palabra así como la palabra es la interrupción de la violencia.

Una de las implicaciones de nuestro compromiso por la palabra es lo que ya decía Sócrates: que nos interesa decir la verdad, no hablar bellamente. Las palabras nos tienen que ayudar a acercarnos mejor a la realidad así como también a expresar mejor los ideales que pueden servir para mejorarla.

Cuando Salvador Espriu decía que hace falta “retornar el nombre de cada cosa”, no se refería tanto a un esfuerzo restaurador como esclarecedor, ilustrativo, quizá incluso revolucionario.

Sólo un ejemplo. En lo que se refiere al mundo de lo humano y especialmente a la dimensión social y política, es casi siempre más adecuada la idea y la palabra “unión” que “unidad”. La unión se hace. La unidad se pretende preexistente. La solidaridad es una forma de manifestar-se de la unión, no de la unidad. La unión presupone la existencia de singulares —personas o colectividades— que se coordinan desde su libertad y su particularidad. La unión no destruye las identidades de los que la constituyen, aunque, eso sí, las puede transformar y enriquecer. Mientras que la unidad no sabe nada de pluralidades. Fijémonos: La unión es una conjunción: tu y yo, vosotros y nosotros... Mientras que la unidad no permite conjunción alguna: es simplemente la afirmación de un absoluto: el Yo, el Nosotros... en mayúscula.

“Los grandes libros no tienen prisa”. Los compañeros del grupo Sant Jordi queremos compartir con todos ustedes esta falta de prisa y, en cambio, este compromiso por ser. Pensamos que tanto la fe como la identidad nacional no dependen ni de la acumulación ni de la hiperactividad mediática. También lo decía Cardó: “ser es lo único que importa”.

Ójala hayamos sido capaces de transmitir, el día de hoy, esta estima por la palabra y por la serenidad, o por la palabra serena.

He de agradecer, en nombre del grup Sant Jordi, las exposiciones de Ortega Díaz Sambrona, de Jordi Pujol, de Gaspar Martínez, de Lucía Caram, de José Badiola, de Fernando Sanz y de Josep M. Cullerell. De ellos hemos recibido muy brillantes exposiciones y graves y sinceros testimonios.

También en nombre del grupo doy las gracias a Marcel Joan y a Miquel Esquirol, cuyo esfuerzo incansable ha hecho posible este encuentro.

Muchas gracias por vuestra presencia, por vuestra participación y por vuestra paciencia.